

¿De qué color es nuestra camiseta? Una crónica intertextual sobre Latinoamérica <> Psicoanálisis

JEAN MARC TAUSZIK*

Nominarnos PPL [Pensamiento Psicoanalítico Latinoamericano] es, desde el vamos, una denominación fallida, a sabiendas de que no son viables los pensamientos hegemónicos, totalizantes. Más aun, hablar de un pensamiento sin sujeto, a la manera de una entelequia, coagula, precisamente, aquella reflexión que pretendemos estimular. El pensamiento es con sujeto y si no, no es. Aun así, somos PPL.

Conscientes de las paradojas que anidan en las construcciones identitarias, en los intersticios que se dan entre lo singular y lo universal, entre lo subjetivo y lo colectivo, y de la dificultad que implica conciliar aquello que se nos ofrece de modo heterogéneo, intentaremos ensayar este texto polifónico, dando cuenta de las vetas, los guiños y las constantes surgidas en los dispositivos de trabajo propuestos por PPL hasta la fecha¹.

¹ Para el momento en que escribimos estas líneas hemos realizado tres PPL Labs. El primero de ellos, denominado “¿Existe un pensamiento psicoanalítico latinoamericano?”, contó con la participación de Mirta Goldstein, Serapio Marcano, Alberto Cabral, Carmen Villoro, Gustavo Jarast, Silvia Wajnbusch, Osvaldo Canosa, Rómulo Lander, Daniel Delouya, Alejandra Uscanga, Lila Gómez, Leonardo Peskin, Jani Santamaría, Marielle Kellerman, Claudio Laks Eizirik, Adriana Yankelevich, Diego Luparello, Marta Labraga, Juan Pinetta, Carlos Nemirovsky, Jaime Lutenberg y Cecilia Moia. El análisis y organización de las ideas fue por cuenta de Osvaldo Canosa y Jean Marc Tauszik y la primera exposición de estas se realizó en el XXXI Congreso Latinoamericano de FEPAL, en Cartagena (septiembre, 2016). El segundo PPL Lab, titulado “Brasidade na psicanálise//Psicanalise brasileira”, contó con los aportes de Fernanda Marinho, Ney Marinho, Sylvia Heimburger, Denise Goldfajn, Claudio Laks Eizirik, Almira Rodrigues, Miguel Calmon, Roosevelt Cassorla, Luciana Saddi, Claudia Carneiro, Sérgio Nick, Bernardo Tanis, Leda Hermann, C. Vieira, Carlos Frausino, Sergio Almeida, Ignácio Paim Filho, Leonardo Franchischelli, Paola Amendoeira y Beth Mori. El concepto, realización y organización del material corrió a cargo de Denise Goldfajn, Sylvia Pupo, Helena Ardaiz Surreaux, Carlos Frausino y Jean Marc Tauszik, presentándose por vez primera en el XXVI Congreso Brasileño de Febrapsi, en Fortaleza (noviembre, 2017). “Vigencia de Racker” fue el nombre del tercer PPL Lab. En él participaron Adriana Sorrentini, Cristina Rosas de Salas, Sergio Lewkowitz, Gabriel Sapisochin, Mirta Goldstein, Claudia Tapia y Laura Yaser. Cecilia Moia, Osvaldo Canosa y Jean Marc Tauszik estuvieron a cargo de su puesta a punto y presentación en el XI Congreso Argentino de Psicoanálisis, en Córdoba (mayo, 2018).

*Jean Marc Tauszik
Psicoanalista asociado de
la Sociedad Psicoanalítica
de Caracas. Miembro
invitado de la Asociación
Psicoanalítica Argentina.
Coordinador general de
Pensamiento Psicoanalítico
Latinoamericano.

jmtauszik@gmail.com

Orientamos estas líneas con afán descriptivo antes que prescriptivo, sin militancias y con participación, al modo de una caja de resonancia.

Tres planteamientos, en el marco de nuestras experiencias colectivas, encontraron eco en lo recién expresado:

—M. Labraga: “Acepto parcialmente esta concepción de un pensamiento psicoanalítico latinoamericano porque la unidad reflexiva y teórica es imposible en estas disciplinas; no podemos configurar sistemas de pensamiento en tanto todas las formas de la cultura han experimentado una transformación intensa que liquidó los esquemas totalizadores y unificados por *ideas directrices* más cercanas a los sistemas filosóficos”.

—Pensando en un país de dimensiones continentales, atravesado por culturas múltiples, y haciendo un forzamiento, en donde sustituímos Latinoamérica donde dice Brasil, le hacemos decir a L. Hermann que “[...] es grande la dificultad del psicoanálisis latinoamericano de tornarse latinoamericano”.

—A. Cabral: “En la determinación con que algunos colegas se ven llevados a reivindicar una especificidad para el pensamiento psicoanalítico latinoamericano, me parece importante reconocer un impulso orientado a descompletar una suerte de canon en nuestra disciplina”.

No dudamos en inscribirnos, a partir de aquí, en una propuesta planteada por M. Goldstein que, con el término “acontecimental”, refiere a aquello que “[...] surge del torbellino de

ideas y nuevos proyectos autorales e institucionales que se producen tras introducir lo propio en el comercio discursivo. Un nuevo discurso autoral no tiene que ser una obra acabada, sino que puede constituir un camino lateral. Tener el coraje de introducir una crítica a los autores consagrados rompe con la supuesta *muerte de los autores*. El *pluralismo acontecimental* se ejerce en acto cuando se escuchan y empoderan los emergentes —muchas veces desoidos— de cada generación de analistas que modifican la concepción clínica respecto de la praxis y respecto de una enseñanza estandarizada”. Y, desde allí, hacemos nuestras las respuestas de C. Nemirovsky a los interrogantes formulados en los laboratorios: “Hipotetizar a partir de las preguntas que se nos plantean tiene por lo menos dos aristas: a) delimitar y rescatar la marca de los fundadores y cultores de una perspectiva local que genera líneas de pensamiento originales; b) describir el ámbito, el medio, en el cual practicamos —con características propias— el psicoanálisis”.

Latinoamérica

Entre las preguntas que animaron a la reflexión destacamos una: ¿es posible pensar lo latinoamericano como un eje que atraviese la teoría, la clínica, la práctica, la institución y la transmisión del psicoanálisis?

Una primera aproximación pareció reconocer la presencia de determinantes asociados con lo latinoamericano en el discurso del sujeto, y más específicamente, tanto en las producciones del paciente como en la escucha del analista. Veamos:

—O. Canosa: “No existe una práctica discursiva independientemente de su contexto histórico social”.

—S. Heimburger: “El inconsciente, principal interés del psicoanálisis, es atemporal. ¿Pero es apátrida?”.

Para la fecha organizamos nuestra cuarta experiencia, denominada “Mito[psicología] de la clínica cotidiana”, que expondremos en Lima, en el marco del XXXII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis organizado por FEPAL. El título de nuestro ensayo, “¿De qué color es nuestra camiseta?”, cita una intervención de A. Yankelevich en el primer PPL Lab.

—J. Pinetta: “El paciente que viene es un emergente resultado de múltiples influencias, y una de ellas es el espacio donde vive, en definitiva, un espacio latinoamericano”.

—P. Almendoeira: “Hay pacientes actuales, pero también hay analistas actuales”.

—S. Almeida: “¿Será que el representante pulsional de Islandia es diferente del representante pulsional caribeño o es la escucha la que hace la diferencia?”.

—D. Delouya: “En la escucha, cualquier sector del mundo social y cultural está implicado, desde la lengua, la composición étnica, la economía, la política, las costumbres, la demografía, el clima, y hasta la literatura, la música, las artes. En suma, la historia singular del medio en el cual se realiza el análisis”.

Una idílica conjunción de pareceres en la que no tardó en surgir la contradicción, no solo entre otros participantes, sino también entre aquellos que, momentos atrás, avalaban la presencia de un rasgo latinoamericano en la práctica. Y más que una divisoria de aguas, lo entendimos como una tensión creadora, una problematización necesaria cuyo norte apuntaba a cuestionar algo implícitamente asumido. Así, mientras que O. Canosa decía que “si aceptamos que no existe un inconsciente fuera de las coordenadas de la transferencia, la libre asociación y la atención flotante, enmarcadas en un lenguaje y sus leyes, tenemos que aceptar que aquí, en nuestras barriadas, en nuestras playas y laderas, solo existe un psicoanálisis: el latinoamericano”, A. Cabral replicaba planteando que “resulta problemático postular una identidad –determinada por una pertenencia geográfica compartida– en las formas de concebir y practicar el psicoanálisis. Creo –decía– que resulta más fecunda la propuesta de encontrar *patrones culturales* y *filiaciones epistemológicas* que contextúen y brinden un marco a la tarea clínica y a las formas de conceptualizarla propias de cada analista”.

Tensemos la cuerda:

—S. Marcano: “Pensar que hay una identidad psicoanalítica de nuestra práctica que nos define por igual de acuerdo con nuestra ubicación geográfica es algo difícil de sostener”.

—D. Delouya: “El psicoanálisis, constituido por la metapsicología como infraestructura de la escucha, con sus ampliaciones en contextos diferentes a los de Freud (Klein, Lacan, Winnicott, Bion), es una sola; tiene un solo objeto de observación y trabajo. La historia y el medio cultural constituirán una penumbra de asociaciones del universo vivo de los restos diurnos, subsidios de acceso al trabajo de sueño”.

—C. Frausino: “Pensaría en un psicoanálisis latinoamericano en el caso de que pudiésemos construir referencias diferentes acerca de la función psicoanalítica, del desarrollo del proceso terapéutico o sobre el método analítico mismo. ¿Tenemos esa especificidad en nuestra forma de pensar el psicoanálisis?”.

—R. Cassorla: “Las vicisitudes de los conflictos inconscientes y de los problemas en la simbolización son los mismos en cualquier cultura, pero la forma en que estos se manifiestan, transformándose en sueño en el campo analítico, es influencia del contexto”.

—Pretender un psicoanálisis latinoamericano le hará decir a S. Marcano que “[...] en los procesos de construcción de una identidad propia también habrá restos de las identificaciones no asimiladas, tanto en los psicoanalistas como en las instituciones psicoanalíticas”.

—D. Luparello: “No es necesario suponer un psicoanálisis latinoamericano para enriquecer nuestros intercambios. Esto no quita la pertinencia de coincidencias político–institucionales en relación con nuestra vinculación con el resto de las regiones que conforman la IPA. Pero creo que estas coincidencias de orden político no necesariamente tienen correlato en el conjunto heterogéneo de los modos de entender el psicoanálisis dentro de nuestra región”.

A estas alturas dichas posiciones encontradas se hicieron de un hallazgo similar: la referencia explícita a un psicoanálisis inglés o francés o norteamericano, indistintamente de que se piense que un psicoanálisis latinoamericano sea o no posible. Un artilugio, que aunque falso o verdadero, sirvió a la constitución de Otro/otro en tanto donador/interlocutor desde el cual se edifica lo propio.

Así fue configurándose aquel otro: “[...] un modo de ser latinoamericano consiste en querer ser europeo” (A. Yankelevich), “[...] una dificultad para salir del lugar de hijos de Europa y sobrinos de América del Norte” (D. Luparello), una necesidad de establecer “[...] una crítica al pensamiento eurocéntrico dominante” (S. Nick), una percepción sobre “[...] el acento de cierta verticalidad en la relación de Occidente con América Latina” (D. Delouya). Y luego, más específicamente, se dirá que “[...] nuestra posición de no-europeos nos facilita el recorrido por las corrientes psicoanalíticas francesa y anglosajona” (D. Luparello), o que “[...] poseemos una tipología fundida y metamorfoseada a partir de lo que importamos de la escuela francesa e inglesa, de su cultura analítica combinada con nuestras ideas y nuestros orígenes, nuestro modo² de ser y de estar con otros” (C. Carneiro), o que “[...] de lo inglés, lo francés y lo americano, enraizado en estas tierras y en su cultura, nace el psicoanálisis latinoamericano. Entonces, ¿la originalidad de nuestro pensamiento psicoanalítico surge del mestizaje de ideas y la producción de nuevas síntesis?” (L. Gómez)³. Incluso, en referencia al pensamiento

lacaniano, M. Labraga argumentará que “[...] nuestro alejamiento geográfico del contexto francés permitió estar más distantes a los analistas de América Latina de los turbulentos conflictos entre la concepción de la IPA y los efectos de la expulsión de Lacan, valorando la transformación psicoanalítica de su enseñanza y desplegando continuadores reflexivos y críticos”⁴. Y para L. Peskin, entonces, es pro-

nescio, que lo expresa así: “[...] la característica del mundo latinoamericano fue siempre su capacidad de transformarse en espejo de Europa, susceptible de rivalizar con ella, pero también con el continente norteamericano, proveniente a su vez de la vieja Europa”. [Roudinesco, E. (2009). “Prólogo”, en A. Dagfal, *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942–1966)*, p. 22. Buenos Aires: Paidós, 2009].

⁴ Es llamativo el efecto que tuvieron en Europa la diseminación y desarrollo del pensamiento lacaniano –en los 70– por mediación de su recepción en Latinoamérica, principalmente en la Argentina. Mientras que España, fronteriza con Francia, era impermeable a las ideas de Lacan, fue por intermediación del argentino Oscar Masotta que el lacanismo expandió sus fronteras y salió de su atrincheramiento parisino, calando en la península Ibérica. Lo mismo puede decirse de los prácticamente inexistentes vasos comunicantes que, durante los 50 y 60, hubo entre Francia e Inglaterra, siendo que en el Río de la Plata ambas corrientes psicoanalíticas anidaron y fomentaron, desde allí, un fecundo intercambio que trascendió las querellas teóricas e institucionales de sus países de origen. También las frecuentes visitas de Wilfred R. Bion a Brasil, en la década del 70, o la realización del último Seminario de Lacan en Caracas, en 1980, indican que, para la cultura psicoanalítica inglesa y francesa, constituimos un interlocutor fundamental.

Múltiples variables –principalmente el rol secundario de las lenguas española y portuguesa con respecto a la inglesa, y en menor medida a la francesa, y la menos desarrollada industria cultural latinoamericana previa a la década de los 80– hicieron notoria la escasa circulación de ideas potentes nacidas en el seno de nuestras instituciones psicoanalíticas, y que muchos años después, enunciados estos mismos conceptos como creaciones originales de autores europeos o norteamericanos, enriquecieron y transformaron las concepciones previas de nuestra disciplina. Si bien la prevalencia de las conceptualizaciones de Paula Heimann acerca de la contratransferencia, que se impusieron a las desarrolladas –con anterioridad– por Heinrich Racker en la Argentina, son un ejemplo notable; resaltamos aquí, entre otras, la noción de grupo interno de Pichon-Rivière –plantada a finales de los 60 a partir del concepto de mundo interno de Melanie Klein–, que siendo desconocida, fue relanzada en 1975 por René Kaës a partir de sus sucesivas propuestas sobre la grupalidad psíquica y la extensión del psicoanálisis; lo mismo diremos de la descripción blegeriana acerca de la posición glichro-cárica, de 1967, desconocida también, pero postulada por Thomas

² “Brasileidade na psicanálise//Psicanálise brasileira”, nuestro segundo PPL Lab, deparó una dificultad relacionada con el vocablo *jeito*, de difícil traducción, incluso de aprehensión en términos experienciales para algunos colegas hispanohablantes. Modo, maña, gesto, manera, tocan a un aspecto de su definición, pero no queda, esta última, capturada completamente en ninguna de esas palabras.

³ Las anteriores apreciaciones, elaboradas dentro de nuestra región, coinciden con la opinión de Elizabeth Roudi-

cedente hablar de “[...] un ya maduro psicoanálisis latinoamericano –situado– a distancia de la influencia psicoanalítica eclesiástica”.

En este punto del recorrido la homogeneidad resulta imposible, jalonada por la tensa paradoja entre pertenencia y emancipación, “[...] noción plenamente psicoanalítica que trasciende regiones, océanos y épocas. Todos necesitamos pertenencia a una familia de origen, conservando patrones transferenciales que ligan; al mismo tiempo todos necesitamos diferenciarnos para desplegar la particularidad que nos caracteriza, para distanciarnos de la repetición de patrones transferenciales que nos atan a formas nocivas y sintomáticas de vinculación” (A. Uscanga). Pertenencias y emancipaciones que operan en doble sentido, puesto que en cada psicoanalista ambos movimientos se realizan, tanto desde lo propio como desde aquello que encarna la alteridad. Somos un poco de aquí y de allá, y de aquí y de allá nos estamos siempre yendo.

La temperatura de los intercambios y el sostenimiento de la tensión destilaron, como se perfiló más arriba, dos significantes: *distancia* y *particularidad*. En esa dirección apunta S. Marcano: “Pienso que cada institución tiene su predominante versión sobre cómo asumir la práctica psicoanalítica y dentro de ella, a la vez, los miembros particulares pueden también tener su propia y

Ogden en 1989 con el término de posición autista–contigua, tan cara a la comprensión de las patologías actuales. Destacamos, asimismo, en el contexto globalizado de los intercambios científicos contemporáneos, dos casos en los que la influencia de los desarrollos latinoamericanos transformó los planteamientos europeos y norteamericanos: la complejización del modelo bioniano a partir de la teoría del campo analítico de los Baranger, elaborada por Antonino Ferro, Giuseppe Civitaresse y otros, en el interior de las sociedades psicoanalíticas italianas, y la continuidad de las elaboraciones kleinianas sobre las relaciones objetales con las que se edifica la propuesta de Otto Kernberg en Estados Unidos, que habiéndose formado como psicoanalista en Chile, nos autoriza a incluirlo en el presente libro, invitándonos a reflexionar sobre el sólido efecto de transmisión de nuestra práctica en Latinoamérica desde hace décadas.

privada concepción de la práctica sin hacerla pública. Pero también en la medida en que dicha concepción particular se va haciendo pública, nutre a un *pluralismo teórico* y a una *investigación de la práctica*”. Un feliz entrecruzamiento en el que “[...] la articulación de teorías, expresiones culturales y momentos de la *clínica nuestra de cada día*” (D. Goldfajn) producen saber.

Y una imagen se constelizó en los intercambios con insistencia y pregnancia: *la transfusión*.

La transfusión

El recorte de un intercambio epistolar entre dos colegas sugirió esta pista.

—S. Marcano: “Nuestro pensamiento psicoanalítico se nutrió con la sangre transfundida desde diferentes escuelas, en particular la inglesa y la francesa, con sus líderes, creadores y cultores, con quienes muchos fueron a formarse”.

—C. Moia: “¿Qué fue de la sangre que corría originariamente por estos lares? ¿Acogimos las ideas del psicoanálisis por mera transfusión? ¿Habría precursores del psicoanálisis en nuestras tierras que ya estaban trabajando sin saberlo? ¿Pensamientos sin pensador?”.

—S. Marcano: “Recibimos las transfusiones o, en un plano mentalizado, la transmisión de pensamientos. Los psicoanalistas fuimos recibiendo esas ideas y pudimos hacer diversos y valiosos desarrollos de ellas. Si un autor plantea una idea original o un desarrollo, produce transformaciones, y lo hace, si tomo el modelo de la interpretación, en un encuentro afectivo y vivencial donde el pensamiento sin pensador encuentra quien lo piense”.

Imagen reverberante que produjo sentido y que pudimos captar en distintas aseveraciones, como aquella en que M. Goldstein propuso la existencia de “redes de saberes que

operan en dos niveles: primero entrecruzando los discursos de autor que prevalecieron hasta ahora, como los de Klein, Winnicott, Meltzer, Lacan, Laplanche, Bion o Green, con los autores latinoamericanos. Y no solo desde la perspectiva del conocimiento de las teorías, sino de la rectificación y complejización que cada una realiza sobre las otras al ser leídas por nuestros analistas”. Para C. Eizirik se tratará de “la capacidad de asimilar lo que viene de las matrices tradicionales, recibirlo y transformarlo, pero no como fue formulado, sino con una escucha propia, capaz de dialogar con otras producciones, tanto internas como externas”⁵. Y, entonces, tal vez sea acertado lo que comunicó C. Villoro: “Los franceses hablamos poco, dijo André Green, justificando su acotada participación verbal en una sesión analítica. Los latinoamericanos hablamos más. Y seguramente decimos otras cosas y de otro modo, aunque tengamos muy presente a Green”.

Psicoanálisis

Cuando interrogamos a los participantes acerca de alguna cualidad específica y reconocible de nuestra práctica psicoanalítica en América Latina, la percepción fue, sorprendentemente, unánime. Un rasgo emergió con contundencia. Observemos: una diversidad de entendimientos y abordajes en la clínica (R. Lander), distintos esquemas referen-

ciales que atraviesan la clínica y la teoría (J. Santamaría), un debate pluralista de ideas (M. Goldstein), diferentes regímenes de creatividad psicoanalítica (M. Calmon), una amalgama de diversas identidades específicas y plurales (N. Nascimento), tolerancia para la diversidad y coexistencia de diferencias teóricas y clínicas (L. Gómez), una diversidad de caminos en las identificaciones teóricas y clínicas, incluso observables en la mayoría de los *pensum* formativos de los institutos regionales (M. Kellermann), varios psicoanálisis, cada uno con su modo⁶ y cualidad específica (S. Nick), un multilingüismo psicoanalítico (L. Peskin), diversas prácticas, tradiciones e influencias (A. Uscanga), una exposición a modelos distintos que nos atraviesan constantemente (C. Carneiro), una multiplicidad de voces propias (A. Cabral).

Y, precisando, nos arrimó S. Wajnbuch: “Nuestra riqueza reside en la diversidad, no en la unidad”, “flexibilizando –según C. Nemirovsky– las pertenencias exclusivas y generando una *integración pragmática*”. Pluralismo y pragmatismo que ofrecieron un campo exploratorio rico en alumbramientos que dan cuenta de nuestro ejercicio. S. Marcano apunta: “Podría dar la impresión, equivocada, de que en Latinoamérica vale todo. Gracias a la libertad que da el no adscribirse a dogmas teóricos ni metodológicos, se ha desarrollado la capacidad de trabajar problematizando y elaborando las diferentes propuestas psicoanalíticas que van apareciendo en el ámbito local e internacional”. Verdadero *pluralismo*

⁵ Esta aseveración de C. Eizirik entra en resonancia con la determinada autoconciencia, por parte de los colegas brasileños, que aporta la conceptualización y desarrollo de la *antropofagia*, iniciada por Oswald de Andrade en 1922. Sobre esta hacen alusión las citas siguientes: la forma en que cierto pensamiento psicoanalítico se procesa, incluso el modo de comerlos a nuestros extranjeros (M. Calmon), nuestra subjetividad edificada con aquello que digerimos y transformamos (C. Carneiro), engullir el pensamiento y regurgitarlo transformado (R. Cassorla), etcétera. D. Goldfajn, M. Calmon y C. Eizirik abogaron, también, por el término *miscegenación* para dar cuenta de los procesos de mestizaje, y del amalgamamiento cultural que de allí se desprende, en América Latina.

⁶ De nuevo, o *jeito muito peculiar*. Y acuñamos *sujeito* para dar cuenta de un sujeto que se define por su estilo *singular*. Debo a Eduardo Vaianella una referencia al *yeite*, del lunfardo argentino, que expresa la manera particular con que el intérprete musical hace sonar su guitarra, aportando al tema una singularidad que deviene rasgo, primero, y nombre propio, después. En el argot barrial porteño el *yeite* es la maña con la cual alguien se las arregla y encuentra solución frente a una situación engorrosa, saliendo al paso, similar a lo significado por el *jeitinho* brasileño.

contextual que constatamos en una práctica que “ha calado en muchos ámbitos de la sociedad, tanto socioeconómicos como psicopatológicos. Alcance que ha forzado a nuestra disciplina a tomar diversas formas, no siempre en términos de transgresión, sino también como un modo genuino de adaptar las herramientas a problemas que tienen distintas características” (D. Luparello). Enumeremos algunas evidencias al respecto: desde las tempranas exploraciones en los dispositivos grupales de los 60, que ofertaron la posibilidad de incluirse en experiencias analíticas a muchísimos interesados en el psicoanálisis, primero, y la masificación de un ejercicio profesional por mediación de la teorización lacaniana, que compensó el elitismo a ultranza de las primeras formaciones psicoanalíticas en Latinoamérica, después, hasta proyectos de corte contemporáneo, que van de la iniciativa brasileña del *Observatorio Psicoanalítico* y la gestación de *Calibán* a propuestas sureñas como *Lacan en IPA* y las múltiples iniciativas que hacen parte de los *Working Parties*, modalidad de investigación en la práctica que suma adeptos y sistematización conceptual. Especial relevancia adquiere en estos tiempos, impulsada desde distintos focos regionales, la reflexión sobre el Modelo Eitingon que estandariza la formación de analistas a nivel mundial en el seno de la Internacional.

Un dato curioso, constatable en la experiencia de los psicoanalistas que ejercemos en los países latinoamericanos, fue descrito por C. Nemirovsky y L. Peskin. Del primero citamos: “Los analistas de esta región hemos cambiado nuestras perspectivas teóricas y nuestra práctica. La mayoría de nosotros pasamos, en las últimas décadas, por diferentes pertenencias o preferencias teóricas con mucha movilidad”; y en una tónica similar reitera el segundo: “Observamos cierta libertad y cambios a lo largo de la vida de cada analista que lo ha-

cen reciclarse, cosa que en otros lugares no suele darse”⁷.

Llegados a este punto, otro significativo capturó nuestra atención: *movimiento*. Y fue en este contexto planteado por C. Moia: “Frente al ideal de la homogeneidad propongo pensar, más que un pensamiento latinoamericano, un movimiento latinoamericano, que supone el reconocimiento de la pluralidad, cuyo punto de partida común es la diversidad”. Luego agrega: “[...] una institución psicoanalítica es plural en la medida en que facilite el despliegue de relatos plurales; ello no implica que todos hablemos el mismo idioma, o el idioma del otro, sino que podamos soportar las diferencias que la diversidad de lenguas nos oferta, poniéndolas a trabajar en la medida en que lo diferente de la teoría del otro nos interrogue. Se trata de un diálogo, no de una comunión. Dialogar no es disolver las diferencias. Pluralidad tampoco es coexistencia pacífica ni una sumatoria de teorías, pero en la medida en que no haya un discurso hegemónico algo de nuestra clínica se verá tocado por la intervención de otras teorías”. Movimiento, eso sí, enmarcado en “[...] el anhelo permanente de independencia y democracia frente a los colonialismos y los efectos de las dictaduras” (M. Labraga), porque más allá de aquella multiplicidad har-to evocada en estas líneas, seguimos siendo “países jóvenes que aún maduran sus instituciones” (D. Luparello), y entonces, desde allí, sí constituimos una región.

⁷ Y en relación con la comunidad hispanoparlante, de nuevo L. Peskin agrega: “También la temprana disposición de la obra de Freud, traducida en múltiples versiones en español (Santiago Rueda, López Ballesteros y J. L. Etcheverry), hizo que aprendamos a tener diferentes puntos de vista sobre cualquier propuesta”. En el capítulo de Claudio Eizirik escrito para la presente publicación, el autor reseña, en el territorio brasileño, la circulación, en la actualidad, de cuatro traducciones de Freud: la coordinada por Jayme Salomão junto a las *Obras* traducidas por Luiz Alberto Hanns, Renato Zwick y Paulo César de Souza.

El padre

Movimiento, ¿*hacia dónde*? “Tal vez seamos una comarca en la que importe menos de dónde venimos y más hacia dónde vamos” (O. Canosa), y en la que, con el bagaje de experiencias que poseemos, “nos formulemos con toda la lucidez que podamos, cuál es la mejor manera de cuidar y plantearnos el mejor psicoanálisis que nos sea dado brindar” (G. Jarast).

Otro recorte del intercambio entre C. Moia y S. Marcano, más arriba citado, nos asiste de cara al porvenir:

—C. Moia: “Quizá las marcas de un movimiento psicoanalítico latinoamericano estén trazadas, precisamente, por las posiciones ante el padre, en cómo cada región, o cada institución psicoanalítica fue transfundida o se ha identificado con un padre. Freud se sirve de una famosa sentencia de Goethe: *Lo que de tus padres has heredado, adquiérelolo para que sea tuyo*. Lo heredado es lo establecido, la estructura. Nacemos siendo viejos, porque al principio no tenemos más que la herencia de las generaciones precedentes, sus frustraciones, sus deudas, la pesadez de sus glorias y miserias. Dime qué posición tienes ante el padre del psicoanálisis, o a quien lo transmite en su nombre, y te diré qué psicoanálisis prácticas: religioso, transfundido o *en nombre propio*”.

—S. Marcano: “Existen identificaciones fi-

liatorias que se dan por amor al padre y que pueden quedarse allí, conformando un gentilicio de pertenencia. Si estas transferencias se resuelven suficientemente, se transita hacia una identidad que, en lo teórico, hace a ser psicoanalista, y en lo práctico hace a ser *pacientista*. Allí se cumple el destino ideal de la desaparición simbólica del padre, sin que eso implique la desaparición de los lazos sociales ni una ruptura con el Otro. Agregaría algo a la frase de Goethe: lo que de tus padres has heredado, adquiérelolo para que sea tuyo, *pero en tanto lo transformes*. De hacerlo, el psicoanálisis tendrá futuro”.

Apuntamos una pregunta de J. Pinetta: “¿Podría ser un síntoma de rivalidad fraterna lo que nos lleva a no leer tanto aun a autores locales?”. Y apuntamos también una observación de L. Peskin: “Estamos en épocas de una franca declinación de padres poderosos; quizás esto nos lleve a la necesidad de incrementar alianzas fraternas”. El primer volumen de *Psicoanálisis latinoamericano contemporáneo* que el lector tiene en sus manos es una apuesta fuerte en ese sentido.

Y si, como aseveró M. Calmon, “[...] hablar en nombre propio desconfigura al psicoanálisis como saber único”, sostenemos la paradoja con la que iniciamos este escrito y parafraseamos a A. Cabral: no existe “una” práctica psicoanalítica propiamente latinoamericana.

